

se supone que Dios ha revelado la verdad á los hombres. Pero la ficción no evita el absurdo. Aun cuando se admitiese el milagro de la revelación, se necesitaría otro, más imposible que el primero, que hiciese á unos seres infinitos, imperfectos, capaces de concebir lo infinito, la perfección. Así es que la pretendida verdad revelada, á pesar de su inmutabilidad, cambia continuamente. ¿Qué será si salimos del terreno de la fe y entramos en el del derecho? No sabemos que Dios haya revelado el derecho natural á Grocio y á sus discípulos. En realidad, no tienen tan soberbias pretensiones como los teólogos. Pero en cierto sentido puede decirse que su presunción es igualmente grande: simples mortales, creen poseer la verdad absoluta y la formulan con toda gravedad. Su ceguera es prodigiosa. Si cualquiera de ellos, *Vattel*, se hubiese tomado el trabajo de comparar su derecho absoluto, necesario, inmutable, con el derecho absoluto, necesario, inmutable de sus predecesores, hubiese advertido que su derecho absoluto es en muchos puntos lo opuesto al derecho absoluto de los otros. Hay, pues, tantos derechos absolutos como escritores. El derecho inmutable de *Puffendorf* cambia en *Wolf*, y *Vattel* ya no está conforme con su maestro. ¡De modo que el derecho absoluto es un derecho que varía continuamente, el derecho inmutable es un derecho que cambia todos los días! Contemplemos algunas de estas contradicciones, no por el estéril placer de poner de manifiesto las inconsecuencias de los hombres, sino para curar los de la ilusión de la verdad necesaria, absoluta é inmutable.

§ II.—El derecho de gentes necesario y el derecho de gentes voluntario.

I

Puffendorf sienta el principio de que el derecho natural permite hacer contra el enemigo todo lo que se quiere. Veamos cómo justifica este principio necesario, inmutable: "Por el derecho natural, la práctica de los deberes de la paz debe ser recíproca; luego el que los viola respecto de nosotros nos dispensa de observarlos respecto de él; y por el solo hecho de declararse nuestro enemigo, nos autoriza para proceder contra él por medio de actos de hostilidad llevados hasta lo infinito, ó al menos

hasta donde se crea conveniente: tanto más cuanto que nunca se podría conseguir el objeto que se propone con las guerras si hubiese obligación de mantenerse dentro de ciertos límites, de los cuales no se pudiera salir (1). El pretendido principio de *Puffendorf* está tan lejos de ser la expresión de un derecho absoluto, inmutable, que no responde ni aun á las reglas prácticas de su triunfo; se remonta á la antigüedad; ¿qué digo? hasta los antiguos le hubieran rechazado, porque admitían, al menos en teoría, que la guerra no dispensaba de los deberes de la humanidad. Vamos á ver los resultados de la verdad absoluta de *Puffendorf*.

Grocio enseña que los tratados celebrados con el enemigo deben ser observados con inviolable fidelidad, y al sentar esta máxima, era órgano del sentimiento general de las naciones. *Puffendorf* no admite el principio más que para los tratados que restablecen la paz. En cuanto á los tratados celebrados durante la guerra, no producen, según él, ninguna obligación. Merece conocerse la justificación de esta proposición que destruye radicalmente lo que los pueblos, hasta los más bárbaros, llaman derecho de guerra. "La fidelidad en los tratados es el instrumento propio y natural de la paz; por consiguiente, no puede entrar en actos en que no se trata ni de restablecer la paz ni de conservarla." Otro argumento: "El que entra en un tratado debe suponer que la otra parte se fía de él. Pero hay contradicción en suponer que un hombre se fíe de nosotros mientras continuamos siendo enemigos. Porque como el estado de guerra da derecho de llevar hasta lo infinito los actos de hostilidad, las protestas que se hagan de suspenderlos ó de moderarlos, sin dejar de mirar como enemigo á aquel á quien se hacen, parece que se desmienten por sí mismas." ¿Qué son, pues, los tratados hechos durante la guerra? "Astucias y estratagemas por medio de las cuales se procura adormecer al contrario, para explotar al necio que se fíe de la promesa de su enemigo." *Puffendorf* añade; para tranquilizar la conciencia de los beligerantes, que los tratados que tienen únicamente por objeto suspender ó moderar los actos de hostilidades son contrarios á la naturaleza, puesto que no hacen más que alargar la guerra (2). Saquemos la conse-

(1) PUFFENDORF, de *Jure naturæ et gentium*, VIII, 6, 7 (traducción de BARBETRAC).

(2) PUFFENDORF, de *Jure naturæ*, VIII, 7, 2.

cuencia de esta cómoda moral: Es claro que los tratados contrarios á la naturaleza no son obligatorios; debe decirse más, y es que no hay el deber de cumplirlos. ¡Verdaderamente no valía la pena de hablar de derecho necesario, inmutable, eterno, para volver á caer en el derecho de los salvajes!

Pero veamos cómo protesta *Vattel*, en nombre de su derecho absoluto del derecho absoluto de *Puffendorf*: "El cumplimiento de las promesas es sagrado entre los hombres y completamente esencial para su salvación común. ¿Puede dispensarse tratándose del enemigo? Sería un error tan funesto como grosero, creer que todo deber cesa, que todo vínculo de humanidad se rompe entre dos naciones que se hacen la guerra." (1). Hé aquí el derecho necesario de *Puffendorf* calificado por *Vattel* de error funesto y grosero, y con razón. ¿No hubiesen debido abrir los ojos á *Vattel* estos extravíos del espíritu humano? ¿No hubiera debido pensar que si *Puffendorf*, admirado por tanto tiempo como un maestro de la ciencia se ha engañado tan groseramente, también él podía engañarse? Debía, pues, haber dejado á los teólogos su verdad absoluta, que las más veces se halla desmentida por la razón y el buen sentido: en cuanto al filósofo y al jurisconsulto, tienen una misión más modesta, la de buscar la verdad.

Sigamos escuchando el derecho absoluto. ¿Es lícito hacer asesinar á un enemigo? Solamente la pregunta subleva nuestro sentido moral. Sin embargo, ¿quién lo había de creer? *Puffendorf*, de acuerdo con *Grocio*, enseña, como una verdad inmutable y eterna, que es lícito emplear asesinos que no tengan ninguna obligación respecto de aquel á quien van á matar; no consideran ilícito el asesinato sino cuando un súbdito mata á su príncipe ó un soldado á su jefe. Este escrúpulo nos parece poco motivado, y para ello nos fundamos en la doctrina de los maestros. *Grocio* enseña que es lícito servirse de los desertores. *Puffendorf* hasta admite los traidores, respecto de los cuales vacilaba *Grocio*. *Puffendorf* dice muy bien que es lícito hacer al enemigo todo el daño posible; por consiguiente, no vemos por qué no se ha de admitir á sueldo á los traidores, no se hace con esto más que atacar con el cebo del oro á aquellos contra los cuales se han tirado cañonazos inútilmente. ¿Qué

cosa más sencilla y más natural? Verdad es que los traidores cometen una acción criminal; pero esto es cuenta suya; el crimen no alcanza á aquel que excita á cometerle. ¿Qué importa que el código penal castigue á los cómplices? Las leyes no son aplicables más que en tiempo de paz. El estado de guerra dispensa de todo deber respecto del enemigo. Muy bien; pero cuando se tiene á su favor el derecho absoluto, no se debe retroceder ante las consecuencias. Deduzcamos, pues, resueltamente que el asesinato es muy lícito, aunque sea cometido por un súbdito (1). *Wolf* no vacila en admitir esta horrible doctrina: "Se llama asesino, dice, al hombre que por una recompensa mata á un hombre, valiéndose de emboscada ó engaño. Como el engaño está permitido en la guerra, se deduce naturalmente que no es ilícito enviar un asesino para matar al enemigo." (2).

La conciencia se subleva contra esos fabricantes de manuales que enseñan como una verdad absoluta, eterna, crímenes rechazados por los pueblos bárbaros. Pero no nos indignemos demasiado: hasta sus errores servirán de lección á la humanidad, abriendo los ojos de los más ciegos acerca de la ineficacia de la pretendida verdad absoluta. Grande es el apuro de *Vattel*, ante la doctrina de sus maestros. Su primer movimiento es una viva reprobación: "¡Extraña máxima! exclama, rechazada afortunadamente por las solas ideas confusas del honor. El asesinato es una acción infame y execrable en el que la ejecuta y en el que la ordena, ya se sirvan de traidores, ya de un emisario cualquiera." De todo corazón aplaudimos esta voz de la naturaleza. Pero ¿qué ha sido del derecho necesario, inmutable, que, según *Wolf* y *Puffendorf*, permite el asesinato, mientras que, según *Vattel*, este mismo hecho es un crimen infame y execrable? Es tal la pequeñez de espíritu de esos hombres que tienen la pretensión de formular la verdad absoluta, que *Vattel*, después de haber condenado tan enérgicamente el asesinato, le glorifica como una acción heroica cuando es un soldado resuelto que, entrando furtivamente de noche en un campamento, penetra hasta la tienda del general y le da de puñaladas. Cita el rasgo de Mucio Escévola, alabado por todos los grandes hombres

(1) PUFFENDORF, de *Jure gentium*, VIII, 6, 16.

(2) WOLF, *Institut.*, § 1209.

(1) VATTEL, *el Derecho de gentes*, III, 10, 174.

de la antigüedad (1). No haremos á nuestros lectores la injuria de probar que un asesinato sigue siendo un crimen, cualquiera que sea su autor y cualquiera que sea el móvil del asesino. Los crímenes aprobados en el siglo XVIII, en nombre del derecho *natural*, *inmutable*, no encontrarían hoy defensor. Hay, pues, progreso en nuestros sentimientos morales lo mismo que en nuestras ciencias y nuestra industria. Hé aquí una verdad que nos consuela de todos los errores del pasado; para fundarla con evidencia incontestable vamos á comparar la verdad absoluta de *Vattel* y de sus maestros, no con la teoría del siglo XIX, sino con los hechos: la realidad ha aventajado á la doctrina que los *Puffendorf* y los *Wolf* querían inmovilizar como fórmula del derecho eterno.

II

Vattel mezcla con el derecho de gentes principios de derecho público que en el siglo pasado pasaban con razón por atrevidos y avanzados. Reclama la libertad de filosofar, es decir, la libertad de manifestar sus opiniones. Dice que esta libertad es el alma de la ciencia (2). Perfectamente; pero ¿cuál es la consecuencia? Evidentemente la abolición de la censura. Sin embargo, *Vattel* añade: "Yo ya sé que la libertad tiene sus justos límites, y que una policía prudente debe velar en las imprentas y no consentir que se publiquen obras escandalosas que ataquen á las costumbres, al gobierno ó á la religión establecida por las leyes." ¡De suerte que *Vattel* pide la libertad de pensar y justifica la censura! ¿Es también esto por derecho *natural*, *necesario*, *inmutable*? Ábranse las constituciones de los pueblos libres, y en ellas se encontrará la verdadera libertad que, en materia de imprenta, es incompatible con toda medida preventiva. ¡Así nuestra legislación ha traspasado el ideal de un pensador que en siglo XVIII pasaba por temerario!

Las mismas contradicciones presenta *Vattel*, y el mismo progreso se observa en lo que se refiere á la libertad religiosa. *Vattel* dice con razón que la libertad de conciencia es de derecho *natural* é inviolable. Es una vergüenza para la humanidad, ex-

clama, que semejante verdad necesite ser probada. Pero ¿hasta dónde llega esta libertad? No se debe sacar de sus límites naturales, dice. La libertad de conciencia no implica la libertad de culto: "El establecimiento de la religión por las leyes y su ejercicio público son materias de Estado y corresponden necesariamente á la autoridad pública." ¡Hé aquí la garantía de la libertad religiosa! *Vattel* concede al creyente lo que ningún poder humano puede quitarle, y le niega un derecho sin el cual la libertad de religión es una palabra vana. Nuestro derecho positivo, repetimos, es mucho más conforme con los verdaderos derechos del hombre que la verdad absoluta, *inmutable* de *Vattel*.

Pasemos al derecho de gentes. *Vattel* admite que hay una *sociedad natural* entre los hombres, pero destruye este principio enseñando que es necesario un contrato para formar el Estado. La consecuencia natural de esta falsa teoría es que los extranjeros, como no comprendidos en el contrato, no pueden aprovecharse de él. *Wolf* aprueba la xenelasia que Platón censuraba en Licurgo, á pesar de su gran admiración por las cosas lacedemonias. *Vattel* dice que en otro tiempo los Chinos, temiendo que el comercio de los extranjeros corrompiese las costumbres de la nación y alterase las máximas de aquel gobierno sabio, pero singular, prohibía á todos los pueblos la entrada en el imperio. Esta prohibición, añade, no tenía nada de injusta. Era saludable para la nación, sin ofender los derechos de nadie, ni aun faltar á los deberes de la humanidad, que, en caso de duda, permiten que cada cual se dé la preferencia á sí mismo sobre los demás, (1). Si el aislamiento es saludable á la China, ¿no sería conveniente para los demás Estados imitar la *sabiduría* de aquel gobierno? Y si todos se encerrasen en nuevas murallas de la China, ¿qué sería de la sociedad natural de los hombres? En nuestros días hemos visto el efecto saludable de aquel aislamiento. Se ha puesto á prueba la *sabiduría* del gobierno de la China. ¿En qué ha venido á parar? En una decrepitud que raya en imbecilidad, en una debilidad que raya en nulidad. ¡Ha sido necesario el cañón europeo para restablecer la *sociedad natural* de los hombres!

El derecho de guerra de *Wolf* y de su discípulo están á la altura de estas máximas. No compren-

(1) WOLF, *Institut.*, § 1131.—VATTEL, II, 7, 94.

den que la tendencia de la humanidad es á enervar los males de la guerra en un círculo cada vez más reducido. Entre los antiguos podía decirse que el hombre era enemigo del hombre, una vez declarada la guerra; entre los pueblos modernos, solamente los Estados son enemigos. Pues bien, *Wolf* y *Vattel* no advierten el progreso que á su vista se está realizando: ¡los que tienen la pretensión de formular un derecho *necesario*, *inmutable*, retroceden hasta la barbarie! ¡Sirva, al menos, esta lección para los que vengan después! Escuchemos á *Wolf*: impone por el rigor de su lenguaje matemático; pero veremos que pueden decirse necedades bajo la forma de axiomas de geometría: "Como la guerra pública se hace entre las naciones, si el príncipe de una nación declara la guerra al príncipe de la otra, se supone que toda la nación declara la guerra á toda la otra nación. Por esto, puesto que se llama enemigos á aquellos entre quienes tiene lugar la guerra, los súbditos de ambas partes beligerantes, y, por consiguiente, también las *mujeres y los niños, se encuentran en el número de los enemigos*." ¡Esto es lo que se llama derecho *natural*, *necesario*, *inmutable*!

Vattel acepta esta espantosa doctrina. Veamos la consecuencia á que conduce. Estos autores tienen á bien admitir que no es lícito matar á las mujeres y á los niños, si se abstienen de toda violencia, pero es lícito hacerlos prisioneros. Más aún: *Wolf* enseña que esta cautividad puede llegar hasta la esclavitud, y esto por vía de *androlepsia*, como dice en su bárbaro lenguaje. ¡Si un Estado niega el derecho que se le reclama, sus súbditos responden por él; se puede echarles mano y hacerlos esclavos! Lo curioso es que *Vattel* confiesa que las naciones modernas no practican este derecho, que no cautivan siquiera á las mujeres y á los niños. ¡De suerte que los hechos aventajaban al pretendido ideal en el momento mismo en que los maestros de la ciencia erigían su edificio *inmutable*! ¡Y este hecho, superior á sus teorías, no les ilumina, no les inspira siquiera alguna duda! *Vattel* se cuida de añadir que esta moderación, sin duda muy laudable, no es en sí misma obligatoria (1). ¡En efecto, no es de derecho *natural*, *necesario*, *inmutable*! ¡La verdad absoluta se encuentra en las vanas especulaciones de estos fabricantes de manuales!

(1) WOLF, *Institut.*, § 1164.—VATTEL, III, 8, 148.

Por desgracia, este derecho *natural*, *necesario*, se parece mucho al de los salvajes.

Puesto que acusamos á los maestros de la ciencia, debemos presentar nuestras pruebas, que son abundantes. El derecho de gentes de *Vattel* realiza la máxima de Hobbes: "Desde el momento en que una nación toma las armas contra la otra, se declara enemiga de *todos los individuos* que componen ésta y los autoriza para tratarla como tal." La consecuencia es que los particulares pueden legítimamente cometer hostilidades sin orden de sus superiores. También en esto el hecho era contrario á este derecho *absoluto*, *inmutable*. *Vattel* aprueba este hecho; porque si dos naciones, dice, chocasen entre sí de este modo con toda la masa de sus fuerzas, la guerra no podría terminar sino con la ruina completa de una de ellas. ¡Qué exuberancia de contradicciones! Si el uso de las naciones es tan racional, ¿cómo el derecho de gentes *natural*, que le es tan contrario, puede ser expresión de la razón? Y si realmente este pretendido derecho *natural* es inmutable, ¿cómo puede derogarle el uso de las naciones? (1).

En la doctrina de *Vattel*, como se puede suponer, los armamentos en corso son muy legítimos. Sobre eso no le ocurre siquiera una duda: aprueba todo lo que reprueba la conciencia moderna. Su maestro, aquel gran filósofo de Jena, sienta un principio que por sí solo basta para viciar toda la doctrina del derecho de gentes, la ley de la salvación pública. *Wolf* la formula en los términos más absolutos: "Puesto que en la sociedad civil no se debe hacer nada que sea contrario á su salvación, la salvación pública es la ley suprema; por consiguiente, si la salvación pública exige que se disponga de cierta manera de las cosas de los ciudadanos, y aun de algunos ciudadanos, todos juntos, ó el pueblo, tienen derecho de hacerlo así," (2). Si el famoso comité de salvación pública que inundó de sangre la Francia hubiera tenido que formular un principio que legitimara el terror, ¿hubiera dicho más que el profesor alemán? Con semejante máxima no es posible pensar en derecho; impera la utilidad, es decir, la fuerza. ¡Sin embargo, estamos bajo el imperio del derecho *natural*, *necesario*, *inmutable*!

(1) VATTEL, III, 15, 223 y siguientes.
(2) WOLF, *Institut*, § 976.

¿Se puede matar á los prisioneros en caso de necesidad? En otros tiempos, dice *Vattel*, se agita esta cuestión que presenta muchas dificultades. Afortunadamente el hecho ha venido á favorecer al derecho natural; se deja en libertad á los prisioneros bajo su palabra. Sin embargo, al autor le ocurre un escrúpulo: "Si tenemos que lidiar con un enemigo igualmente feroz, pérfido y formidable, ¿le devolveremos sus soldados, que tal vez le pondrán en estado de vencernos? Cuando nuestra seguridad es incompatible con la de un enemigo, aun después de sometido, no hay que dudar," (1). La terrible ley de salvación pública. ¡Millares de inocentes van á perecer! Sea enhorabuena; pero ¿estamos seguros al menos de que este sacrificio humano es necesario? Aquí se toca con la mano la ineficacia de esta falsa máxima. *Vattel* empieza por decir que *quizás* la devolución de los prisioneros bajo palabra sería fatal á los vencedores. ¡De suerte que por un *tal vez* se viola la primera de todas las leyes, la que prohíbe matar á un inocente!

Después de esto, es inútil decir que todo es permitido contra el enemigo. En el siglo XVII, el incendio del Palatinado excitó el horror de la cristiandad. Luis XIV tenía á su favor el derecho natural, necesario é inmutable. *Vattel* enseña como un axioma que se puede asolar un país, hacerlo inhabitable, para formarse una barrera contra un enemigo á quien no se puede contener de otra manera. ¡Cuestión de salvación! Los historiadores modernos maldicen al que inventó el uso cruel de bombardear las ciudades. No habían leído á *Vattel*. Éste conviene en que destruir una ciudad por medio de las bombas y de las balas rojas es una dura extremidad, pero que está autorizada por las leyes de la guerra (2). ¡Cuestión no ya de salvación, sino de utilidad! Hé aquí las funestas consecuencias de las doctrinas falsas; es un camino resbaladizo en el cual hay que cuidar de no dar el primer paso, porque, de lo contrario, se va fácilmente de exceso en exceso. *Vattel* principia por legitimar la muerte de los prisioneros en caso de absoluta necesidad, y acaba por justificar los bombardeos: ¿dónde está la necesidad de destruir personas inocentes juntamente con sus haciendas? ¿Dónde está la salud pública?

(1) VATTEL, III, 8, 151.
(2) VATTEL, III, 9, 167, 169.

El derecho natural no respeta la buena fe más que la humanidad. *Vattel* justifica el uso de los espías, á pesar de que le define diciendo que es un engaño. Conviene en que un hombre de honor no se presta á este empleo, porque no es posible practicarle sin una especie de traición. Si hay traición, ¿acaso no es cómplice el que excita y paga los traidores? Sin embargo, se puede emplear legítimamente el servicio de los traidores. Poco falta para que la complicidad en una acción infame se convierta en una acción gloriosa. *Vattel* presenta la cuestión en términos más generales. ¿Es honrado corromper y excitar á otro al crimen? El buen sentido moral se subleva contra esta sola suposición. Así es que *Vattel* rechaza estas prácticas, pero no faltan transacciones con el derecho inmutable. Si la guerra fuera muy justa, si se tratara de salvar la patria de la ruina con que se ve amenazada por un injusto conquistador, en este caso todo es lícito, hasta el crimen. Siempre la salvación pública. Hay más. Pueden aceptarse los servicios de un traidor sin escrúpulo alguno. No hay seducción, y es lícito utilizar su crimen detestándolo. Sin embargo, cuando hay posibilidad de pasarse sin traidores es de buen efecto rechazarlos y manifestar de este modo todo el horror que inspiran (1). Si es de buen efecto rechazarlos, no puede ser de buen efecto aceptarlos. Y ¿cómo puede legitimar lo que no es de buen efecto un derecho que tiene la pretensión de expresar la verdad absoluta?

III

Hasta ahora estamos en el terreno del derecho natural, necesario, inmutable. Pero recordemos que hay también otro derecho de gentes, igualmente natural, y que se acomoda á las debilidades humanas. Ya el derecho absoluto es bastante acomodaticio: ¿qué será el derecho voluntario? Viene á destruir los pocos principios del derecho de gentes que la razón pudiera aceptar. Gracias á estas transacciones con la conciencia, retrocedemos hasta la antigüedad, es decir, hasta el régimen de la fuerza. ¡Si al menos se llamasen las cosas por su nombre, si no se prostituyeran los nombres sagrados de derecho y justicia para legitimar lo que el derecho y la justicia rechazan! Había en la antigüe-

(1) VATTEL, III, 10, 79-181.

dad un pueblo conquistador que siempre hablaba de derecho y de justicia; no tenían fe ni ley, y, sin embargo, los Romanos tenían la pretensión de que no hacían más que guerras justas; en efecto, tenían cuidado de observar religiosamente las formas. Verdaderos hombres de procedimiento, creían justa su causa cuando la intentaban según las solemnidades requeridas por el uso. El derecho de gentes voluntario no es más que este fariseísmo político; ¿qué digo? este pretendido derecho natural deja atrás las injusticias legales del pueblo rey.

Vattel, como *Grocio*, *Puffendorf* y *Wolf*, establecen grandes principios sobre la justicia de las guerras, y solamente el que hace una guerra justa puede ejercer los derechos de la guerra. Esto es lo que dice el derecho de gentes necesario, á cuya observancia están estrechamente obligadas las naciones. Ahora veremos que, gracias á otro derecho natural, esta estrecha obligación no molesta mucho. Después de haber declarado que esta regla es inviolable, *Vattel* permite que todo el mundo la viole. En efecto, corresponde á todo Estado soberano juzgar según su conciencia de lo que sus deberes exigen de él, de lo que puede ó no puede hacer con justicia. Así se llega á la consecuencia más cómoda del mundo: la guerra en la cual se observan las formas debe ser considerada, en cuanto á sus efectos, como justa por ambas partes. Esto es maravilloso: la más injusta de las guerras se convierte en justa si se tiene cuidado de observar lo que se requiere para constituir una guerra en forma. Si es así, no vemos para qué sirve el derecho de gentes necesario é inmutable. ¿No sería más sencillo empezar por este principio, que permitiría reducir extraordinariamente los volúmenes que llenan nuestras bibliotecas? Volveríamos al derecho de gentes de Roma: tendríamos un colegio de feciales, es decir, abogados y ujieres internacionales que cumplirían ciertas formalidades, llenadas las cuales, todo sería justo, lícito, honrado. Y si el recurrir á estos oficiales ministeriales pareciese una traba de masiado incómoda, aun habría medio de simplificarlo. Puesto que, en definitiva, decide la conciencia del príncipe, ¿por qué no admitir que todo lo que hace el príncipe es justo? *Vattel* protestaría contra semejante justicia; sin embargo, su derecho natural voluntario conduce lógicamente á este resultado. En el siglo XVIII, un príncipe que acababa de publicar una refutación de Maquiavelo in-

vadió la Silesia en plena paz, sin declaración de guerra y mientras continuaban las negociaciones. Hé aquí una guerra en la que no se guardan las formas. ¿La condena *Vattel*? No por cierto: su derecho de gentes voluntario no le permite tanto rigor: "Este derecho ordena que se tenga por legítimo lo que una nación cree conveniente hacer en virtud de su libertad natural: luego se deben tener por legítimas entre las naciones las armas de la que, en una causa dudosa, pretende bruscamente obligar á su enemigo á una transacción. El rey de Prusia publicó su manifiesto en Silesia á la cabeza de sesenta mil hombres. Este príncipe podía tener sabias y justas razones para obrar así, y esto basta en el tribunal del derecho de gentes voluntario," (1). Hé aquí un tribunal bastante indulgente y una justicia que aprueba de antemano todo lo que los príncipes creen bueno. ¡Falta saber para qué sirven tal tribunal y tal justicia!

El derecho natural voluntario es tan acomodaticio durante la guerra como para establecer la justicia de la guerra. No conoce más límites que la conciencia de las partes beligerantes: cada cual, dice *Wolf*, puede hacer todo lo que en conciencia le parece necesario para alcanzar su derecho. Si la justicia del derecho natural voluntario nos hace volver á la injusticia legal de los Romanos, el derecho consagrado por esta doctrina nos hace volver hasta los salvajes. Júzguese por lo que dice el ilustre filósofo que, según *Vattel*, tiene la gloria de haber sido el primero que ha definido el derecho de gentes: "Puesto que está permitido hacer contra el enemigo todo lo necesario para rechazar una fuerza injusta, está también permitido matarle por medio del veneno, y, por consiguiente, emplear en la guerra balas y flechas envenenadas," (2). ¡Si los salvajes de América hubieran formulado su derecho de guerra, hubieran estado conformes con el filósofo alemán!

La primera fuente de estos errores es la distinción de dos derechos naturales, uno necesario y otro voluntario. En cuanto al derecho necesario, es una pura abstracción; por mejor decir, tal como *Vattel* y *Wolf* lo consideran no es un derecho, porque no obliga más que á la conciencia. Sería, pues, más bien una moral que un derecho. Y aun

(1) VATTEL, III, 12, 188-190; II, 18, 336.
(2) WOLF, Institut., §§ 1215 y 1207.

podremos ir más lejos, y decir que ni aun esta moral es obligatoria en el fuero de la conciencia, puesto que tenemos otro derecho natural que deroga el primero y se aplica también a la conciencia. No hay más que un medio de salir de este dédalo de contradicciones, rechazar el pretendido derecho *necesario* é *inmutable* que para los hombres no existe. Debemos, pues, contentarnos con una verdad relativa, buscándola en el desarrollo progresivo del espíritu humano. Este derecho puede llamarse derecho natural, porque la humanidad tiene por misión buscar la verdad absoluta y realizarla en la moral y en el derecho, en cuanto su imperfección se lo permita. Cuando un nuevo rayo de la luz eterna ilumina la razón, ésta proclama el descubrimiento y le convierte en ley para todas las conciencias, sin transigir con los intereses ni con las debilidades de los hombres. Hé aquí el único derecho natural que la ciencia puede aceptar: no es absoluto, porque es concepción de un ser falible; pero no es una palabra como el derecho voluntario, puesto que es la regla de nuestras acciones, y sigue siendo nuestra regla hasta que un nuevo progreso venga á engrandecer nuestras ideas y nuestros sentimientos.

§ III.—La ineptia y los progresos del derecho de gentes natural.

I

La ineficacia del derecho de gentes *natural necesario*, la perpetua colisión de este derecho *absoluto* y del derecho *voluntario*, las contradicciones que de aquí resultan, no son la única censura que puede dirigirse á los sucesores de Grocio. En lugar de inspirarse en la realidad, en la historia y en el progreso que ésta patentiza, se encerraron en abstracciones. El resultado inevitable de esta separación de la vida es que el espíritu se pierde en vanas especulaciones, que muchas veces van á parar en tonterías. Sería necesario un hombre de genio para salvar este escollo, y los escritores que tuvieron la pretensión de formular un derecho que había de regir para siempre las relaciones de los pueblos eran inteligencias medianas. Prescindamos de Grocio, cuya apreciación hemos hecho en otra parte. Para hacer avanzar una ciencia que se funda en la filosofía y en el derecho, hubiera sido necesario ser filósofo y jurisconsulto; pero la mayor parte de los

que escribieron tratados sobre el derecho de gentes natural no eran ni lo uno ni lo otro. Puede decirse de todos lo que *Leibnitz* decía de *Puffendorf*: mediano jurisconsulto y filósofo deplorable (1). Vamos á ver si este juicio es demasiado severo.

Puffendorf enseña que la guerra es de derecho natural. ¿Se quiere saber por qué? «La naturaleza ha hecho á los hombres muy sensibles á las injurias; además ha dado á sus manos suma flexibilidad y gran fuerza, á fin de que no sufrieran impunemente un insulto» (2). De suerte que en la cuestión fundamental de una ciencia que se llama *derecho absoluto* no se dice una palabra de derecho ni de justicia: ¡se habla de los hombres como si fueran animales provistos de garras! ¡Según esto, debería haber también un derecho natural para los lobos y los tigres! Las aplicaciones están á la altura de los principios. ¿Puede un rey emprender una guerra por injurias inferidas á uno de sus súbditos? Sí, dice *Puffendorf*: en primer lugar, porque los súbditos son como partes de su jefe; y en segundo, porque para alcanzar esta protección renuncian los hombres á su libertad y entran en la sociedad civil. Muy bien; pero *Puffendorf* añade una condición que destruye su regla: «El príncipe, dice, no debe tomar las armas en este caso, sino cuando la guerra no produce un mal mayor para el cuerpo del Estado, ó aun para cierto número de ciudadanos, porque el deber de los soberanos se refiere al todo antes que á las partes, y cuanto mayor es una parte más se acerca al todo» (3). Según esto, la protección que el contrato social ofrece á los que entran en sociedad no será muy eficaz; mejor, pues, les valdria continuar en el estado de naturaleza. No insistamos sobre la necedad del razonamiento que salta á los ojos. Limitémonos á hacer observar que el autor, que se propone trazar las reglas del derecho absoluto, sacrifica el derecho al interés. Entonces, ¿para qué hablar de derecho?

La escolástica ha adquirido mala fama por las cuestiones necias que suscita y que trata con un lujo de argumentación digno de mejor causa. Podría hacerse una recopilación de tonterías internacionales, dignas de figurar al lado de las tonterías teológicas. *Puffendorf* prueba doctamente cómo en

(1) «Parvus jurisconsultus et miserus philosophus» (LEIBNITZ, *Opera*, t. IV, Part. III, p. 261, ed. Dutens).

(2) PUFFENDORF, *de Jure natura et gentium*, VIII, 6, 2.

(3) PUFFENDORF, VIII, 6, 14.

las sociedades civiles os individuos no tienen ya derecho de guerra; prueba, además, apoyándose en la Biblia y en el Digesto, que los magistrados, considerados como tales, no pueden emprender la guerra sin autorización del soberano. Estas cuestiones podrían ser muy interesantes en tiempo de Rómulo ó de Moisés, pero de seguro no interesaban á los contemporáneos de Luis XIV. Leibnitz censura á *Puffendorf* por ser poco jurisconsulto; pero hace un singular uso de su ciencia. Cuando un marido y su mujer son hechos prisioneros, ¿adquiere el vencedor sobre la mujer la facultad que tiene el marido en virtud de la unión conyugal? Por consideración al jurisconsulto filósofo no consignaremos su respuesta á esta pregunta. Otra dificultad jurídica del mismo género: ¿cuáles son los derechos que el vencedor adquiere sobre los bienes de los cautivos? Á los legistas, como todos saben, les gustan las distinciones: en este terreno es donde brillan por la sutileza de su ingenio. *Puffendorf* distingue, pues, si el prisionero de guerra es miembro de una sociedad civil ó si vive en la independencia del estado de naturaleza (1). ¿Conocía el autor, por casualidad, en Alemania ó en Francia algunos individuos que vivieran en el estado de naturaleza?

II

Wolf es un filósofo de profesión, pero es un filósofo de escuela. Hay un medio de que los pensadores solitarios no se extraviaran en inútiles especulaciones: el estudio de los hechos; no viviendo la vida política, es preciso que al menos continúen en comunión con la humanidad, viviendo en la historia. Desgraciadamente la filosofía no ha hecho mucho caso de la historia hasta nuestros días: tiene la pretensión de formular las leyes de la vida estudiando un ser abstracto, es decir, un ser que no existe. ¿Qué podía resultar de estos trabajos del pensamiento concentrado en sí mismo? Una nueva escolástica. Si los filósofos tienen, además, como *Wolf*, la pretensión de dar á sus ideas el rigor matemático, entonces acaban por hacerse tan fastidiosos como los teólogos de la edad media. Hemos dado ejemplos de este pretendido rigor científico, y no nos ha parecido que lo vacío del pensamiento gane mucho con las fórmulas algebraicas.

(1) PUFFENDORF, VIII, 6, 8, 10, 19.

Hay, sobre todo, un vicio que salta á la vista en los escritos de *Wolf* y de *Vattel*: tratan de las cuestiones más inútiles y no dicen una palabra de las que agitaban el mundo en que vivían. Hé aquí una muestra: «¿Puede una nación sabia negar sus maestros á otra nación que desee salir de la barbarie?». Si nuestros doctos filósofos se hubieran tomado el trabajo de consultar la historia, hubieran visto que los pueblos bárbaros no se civilizan por medio de embajadas; que Dios los pone en contacto con naciones más civilizadas, ya por medio de la guerra, de las colonias ó del comercio. Este espectáculo del gobierno providencial les hubiera abierto los ojos sobre la sabiduría de las leyes de Esparta y de la China que celebran, sin reflexionar que son una violación de las leyes dadas por Dios á la humanidad. Esto les hubiera llevado á estudiar las leyes naturales en la realidad de las cosas; porque ¿qué es esa realidad, sino la manifestación de los designios de Dios? En este terreno hubieran encontrado cuestiones más graves que esas: «Si el buen orden y la subordinación son necesarios en los ejércitos. Dónde debe albergarse á los soldados que están bajo tiendas. La carga de los alojamientos, ¿corresponde por derecho natural á los que tienen casas?».

No tenían más que mirar á su alrededor, y hubieran visto que había otros problemas que pedían solución. El abad de Saint-Pierre había querido organizar el derecho entre las naciones: aunque acogidos con burla y con desden, sus proyectos merecían un examen serio. ¿Por qué no reina el derecho entre las naciones? ¿No será porque no reina en el interior de los Estados? Y si no reina el derecho, ¿quién reina? ¿La fuerza? ¿Cómo puede someterse la fuerza al derecho? ¿Cuál es el valor del sistema del equilibrio ensalzado por todos los políticos? ¿Qué es el maquiavelismo de que acaba de hacer tan viva crítica un joven príncipe? Este mismo príncipe, cuando llegó á ser rey, se burló de las alianzas; las formó y las rompió cuando lo juzgaba conveniente á sus intereses: había en todo esto cuestiones capitales que debían abordarse, en lugar de discurrir cómo los soldados que no tienen tiendas deben ser alojados en las casas.

III

No queremos despedirnos del derecho de gentes natural sin tributar homenaje á la idea que impli-